



SOLITUDE
OF ALANA

ALMANAQUE
DE LA **BRUJA**
TRADICIONAL

RITUALES, MAGIA Y FOLKLORE
A LO LARGO DEL AÑO



SOLITUDE
OF ALANNA

**ALMANAQUE
DE LA BRUJA
TRADICIONAL**

RITUALES, MAGIA Y FOLCLORE
A LO LARGO DEL AÑO



BRUGUERA

Desde la Antigüedad, las dinámicas de nuestra sociedad y de nuestro propio cuerpo han sido tan estacionales y cíclicas como el medio natural que nos rodea. Antaño, el entorno dictaba el ritmo de nuestro trabajo, de nuestro descanso, de nuestras emociones y de nuestras fiestas. Del mismo modo, para la bruja y la hechicera, el medio condicionaba las prácticas mágicas, las hierbas y herramientas involucradas y los encuentros con lo numinoso: las plantas tenían su mayor poder entre San Juan y San Pedro; la Cabalgata Nocturna pasaba en Navidad para llevarse a aquellos que sabían volar con su ánima; los muertos salían de su mundo subterráneo cuando el sol envejecía y regresaban a él cuando la renaciente luz de la primavera los expulsaba. Las dinámicas de los espíritus, como las de las personas y las de la naturaleza, tampoco eran invariables: se reconocían sus ascensos y descensos, sus diversas facetas y sus momentos de fortaleza y de letargo.

Por mucho que nuestro régimen posindustrial pretenda convencernos de una existencia invariable e individualista, eso no es así: permanece como siempre. La Otredad no se rige por nuestros parámetros humanos. La brujería es estacional y cooperativa. Para aquellos que vivimos en la comodidad de un sistema que nos vende fresas en diciembre, puede ser complicado entender que la oración mágica para curar el empacho solo podía enseñarse en Viernes Santo, que se perdía la oportunidad de recolección hasta el año siguiente si esta no se llevaba a cabo antes de cierta fecha, o que un rito no podía dar un mismo resultado en la comodidad de casa que en el bosque nocturno. El esfuerzo, la ritualidad y el sacrificio de esperar, observar el entorno o buscar y ensuciarse las manos daban un sentido y un poder a la magia que cuesta hoy de imaginar, porque ya el proceso en sí transformaba a aquel que la practicaba. La hechicera y la bruja nunca trabajaban solas: eran lo que eran y lograban lo que lograban por su alianza con los espíritus que las rodeaban.

Por desgracia, muchas ramas de la espiritualidad y el neopaganismo actuales tienen un carácter tan globalizado, individualista y consumista

como el propio sistema económico en el que nos movemos. Esta obra pretende dar una alternativa a ello y ser una herramienta para valorar y proteger nuestras propias tradiciones mágicas, nuestro entorno y la estacionalidad de la práctica, además de ayudarnos a regresar a ellas.

Por eso mismo, es difícil que esta obra pueda ser igualmente aplicable a cada lugar y persona. Esto no es, ni mucho menos, una «rueda del año» de la brujería tradicional, porque no tendría ningún sentido establecer un calendario genérico para una práctica que es, por naturaleza, única para cada persona y territorio. Lo que pretende es, precisamente, incentivar la observación del entorno para percatarse de las dinámicas tradicionales locales del lector. Existen infinidad de fiestas y costumbres mágicas, y si bien esta obra ha recogido algunas de las más extendidas por España, no es para nada un compendio exhaustivo, tan solo una orientación para aquel que desee indagar en su calendario mágico local. El lugar en el que se habite determinará que las hierbas mencionadas puedan estar más presentes el mes anterior o el posterior al que se han citado, o que incluso no se encuentren en ese entorno; del mismo modo que habrá infinitas prácticas y fiestas locales que no constan en esta obra. Además, el criterio de qué incluir y qué no pasa por mi propia práctica, mi propia interpretación de la tradición y, en definitiva, de mi gusto personal. Al final, este no es un libro de antropología (aunque intento ser precisa en las fuentes y los datos), sino el catálogo de una practicante que se dirige a otros practicantes.

Por ello, te animo a adaptar las ideas de este almanaque tanto como te guste, o a inspirarte en él para llevar una práctica estacional propia en la que pueden constar no solo las tradiciones y los recursos mágicos locales, sino también otras asociaciones personales, como costumbres propias, aniversarios luctuosos de los ancestros o días destacados para los espíritus con los que trabajas. Asimismo, te invito a establecer vínculos entre la observación de los fenómenos de tu entorno inmediato, como el ciclo de la vegetación o la meteorología, el folclore local y la propia experiencia espiritual. Porque lo espiritual es también físico, en el libro veremos que ciertos sucesos en el medio reflejan dinámicas en el ámbito de lo numinoso y entenderemos sus ciclos desde una nueva perspectiva.

Algo que quizá pueda chocar de esta obra a quien se haya acercado a la práctica mágica tradicional hace poco es la sinergia entre lo pagano y lo aparentemente católico. Por lo general, la brujería moderna se ha englobado en el paraguas del neopaganismo, motivo por el cual se ha

limitado la inspiración para la práctica únicamente a lo precristiano. En lo pagano, este libro se apoya mucho en los romanos y en los celtas por la enorme medida en la que sus costumbres y religiones conformaron nuestra cultura y fundamentaron nuestra magia tradicional; respecto a lo indígena, la escasez de información ha hecho que sepamos de sus ritos poco más que lo que se intuye como una sombra indirecta. Sin embargo, la hechicería popular, la brujería folclórica y, en definitiva, las tradiciones mágicas que realmente hemos heredado pasan en muchos casos, inevitablemente, por el filtro del catolicismo popular. Pero no es este un cristianismo eclesiástico, sino el resultado del cambio de religión en un pueblo cuya concepción del mundo era profundamente mágica y animista, y que lo siguió siendo aunque rezara a un nuevo dios. Para la sociedad, el trato con los santos, las vírgenes y los demonios siguió siendo igual que había sido con los espíritus locales, y los elementos sacros como el agua bendita o el laurel del Domingo de Ramos fueron el resultado de buscar una nueva aplicación a los elementos del entorno que desde siempre había sido costumbre utilizar para la magia personal, por mucho que ello cayera bajo la herejía.

El rechazo sistemático a cualquier cosa que parezca tener una faz católica nos priva, en muchísimos casos, de recuperar prácticas mágicas tradicionales que en numerosas ocasiones son directamente paganas o, como ya hemos visto, se basan en una concepción pagana del mundo. Si bien llevar a cabo una práctica inspirada en lo tradicional sin incluir elementos o referencias católicas es posible, para muchos practicantes de brujería folclórica y hechicería popular, entre los que me incluyo, no es un problema que estén presentes; aprendemos de ellos, los interpretamos y los usamos puntualmente como una fórmula tradicional que hemos heredado de nuestros ancestros para dirigirnos a lo numinoso. Y no por ello creemos en la religión católica. Ese es el motivo, por ejemplo, de que haya respetado en este libro los nombres tradicionales de nuestras celebraciones, correspondientes al santoral, en lugar de sustituirlos por otros que, por muy paganos que sean, nos son a menudo ajenos. En nuestras tradiciones, en nuestro folclore mágico, las anjanas de las aguas, los duendes, los espíritus de las plantas y las brujas conviven con los santos, con el Diablo, con las ánimas de los muertos y con antiguos dioses. Al fin y al cabo, los santos no son más que muertos con los que practicar necromancia y los demonios no son más que *daimones*, espíritus.



ENERO

El amanecer ilumina un paisaje solemne, de ramas peladas y campos blancos de escarcha. Pasamos más tiempo bajo el amparo de la noche que bajo la luz de un sol al que le cuesta desperezarse en el horizonte, sin fuerzas para alcanzar el cénit. Nos encontramos en el corazón del invierno.

El nombre de nuestro primer mes del año, enero, proviene del término latín *Ianuarius*, por el cual lo conocían los romanos, y le pusieron dicho nombre para hacer honor al dios coetáneo Janus (Jano).

Si bien enero es hoy en día el mes con el que empieza el calendario, a lo largo de la historia no ha sido siempre así. El primer calendario romano, el llamado calendario de Rómulo, constaba tan solo de diez meses lunares: comenzaba en marzo y terminaba en diciembre. Parece ser que los sesenta y un días restantes hasta completar el término de un año solar se tenían en cuenta, pero no se les daba nombre^[1] o bien se contabilizaban como un periodo de reajuste del calendario con las estaciones.

En todo caso, siguiendo el sentido religioso del invierno, este intervalo se veía como un tiempo fuera del orden habitual, gobernado por los espíritus de los muertos. En la reforma del calendario que llevó a cabo Numa Pompilio, se añadieron enero y febrero: este último quedó como el postrero mes del año, que siguió comenzando en marzo hasta que, entre los siglos v y iv a. C., se pasó el relevo a enero.^[2] Desde entonces y hasta

nuestros días, enero ha ocupado la posición con la que lo conocemos.

Así pues, enero inauguraba el nuevo ciclo de la mano de Jano, el dios de los umbrales, de lo liminal, de los finales y los comienzos. Representado con dos rostros mirando en sentidos opuestos, uno hacia el pasado y el otro hacia el futuro, el dios presidía la transición entre lo viejo y lo nuevo, impidiendo el paso a aquello que debía quedar atrás y prometiendo la prosperidad futura. De la figura de Jano, por remota que parezca, aún se hallan reminiscencias en algunos seres mitológicos de las fiestas navideñas. Es el caso, por ejemplo, del Fumera, un ser con siete ojos (cuatro delante y tres en la nuca en una evocación del dios bicéfalo) que se presenta en los hogares catalanes alrededor del cambio de año para observar a los niños y reportar a los Reyes Magos si han sido obedientes.[3]

Enero es el mes más frío del año en el hemisferio norte. En el calendario tradicional, conformado en estrecha sintonía con el ciclo natural del entorno, es un mes de inactividad en muchos ámbitos. Se tenía como un mes durmiente, puesto que, sin las facilidades modernas, no se cosechaba ni se sembraba prácticamente nada más que unas pocas verduras de la huerta invernal. Se trata, desde la Antigüedad, de un mes de descanso antes del comienzo del nuevo ciclo agrario,[4] en el que las inclemencias climáticas hacen que «se coma mucho y se trabaje poco», [5] como se decía popularmente, y se pase mucho tiempo hablando junto a la lumbre en las largas horas de oscuridad.

En el campo, la mayor parte de los cultivos de cereal ya están sembrados del otoño anterior, por lo que se realizan esencialmente tareas de orear y abonar la tierra de cara a las siembras de primavera. Otra de las tareas de enero en campos y jardines es la de la poda de arbustos y frutales antes de que retomen su crecimiento. En estos trabajos destaca, en la luna menguante de enero, la poda tradicional de la vid.

En las poblaciones de montaña, enero es el mes dedicado a la cría de las ovejas y, por lo tanto, la elaboración de quesos una práctica popular. Sin embargo, antaño era también muy frecuente en esta época la muerte del ganado debido a la escasez en cantidad y calidad del alimento, al clima y a la agresividad de los lobos. Estos cánidos, así como el otro gran depredador nativo de la península, el oso, han encarnado en la espiritualidad popular al numen del invierno. Su peligrosidad y voracidad aumentaban especialmente a mediados y finales de esta estación porque la escasez de alimento los llevaba a acercarse a zonas pobladas y atacar al ganado. Por ello, la caza del lobo era frecuente durante este mes y, como la

del oso, se relaciona con diversas festividades rituales que se celebran en varias zonas rurales y montañosas de la península entre enero y febrero (hablaremos de ellas en el próximo capítulo) con una función apotropaica y regeneradora.

En áreas boscosas, enero se tenía por el mejor mes para cortar leña, especialmente la que fuera a servir para elaborar carbón o mobiliario, ya que ganaba poder calorífico y resistencia si era talada en luna menguante o nueva.[6]

En la costa mediterránea, enero traía un fenómeno que era conocido por la gente de mar como «calmas», «secas» o «menguas». Se trata de un reseñable descenso en el nivel del mar, que deja al descubierto aquellas rocas que están bajo el agua el resto del año. Hoy en día, sabemos que las menguas de enero se producen por un aumento de la presión atmosférica y que, tal y como recogía el saber popular, acostumbran a traer un clima soleado y apacible por su carácter anticiclónico. Además, se tenían por un buen momento para la pesca, pero malo para la navegación, y a partir de la luna nueva del mes, se observaba que el tiempo se revolvía y traía mala mar.

Por su parte, la luna de enero ha recogido un sinnúmero de atribuciones en la cultura popular tradicional. Se reconoce como una de las más grandes del año (tan solo le disputa el puesto la de agosto) y, por lo tanto, como una de las más influyentes sobre la tierra. Ya dicen los refranes que «no hay amor como el primero, ni luna como la de enero», y que «la lluna de gener set virtuts té» («la luna de enero siete virtudes tiene»). Asimismo, hemos visto que determinaba en gran medida las tareas relacionadas con la tala de madera y la poda, así como también el plenilunio o el novilunio del mes se consideraban un buen momento para la matanza del cerdo pues se creía que se conservaría mejor.[7]

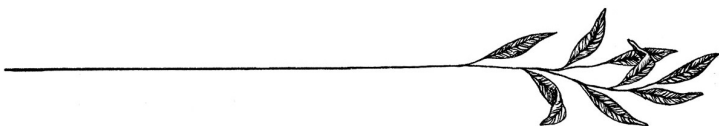
Otra creencia popular en Cataluña era la de que la luna llena de enero dotaba de poder a las brujas: estas perdían sus facultades mágicas al envejecer, por lo que para recuperarlas en todo su esplendor debían, ni más ni menos, que enseñar el culo al cielo nocturno. Cualquier vecino podría entonces identificar a las brujas de la población si esa noche se asomaba por la ventana. Esta pequeña leyenda se relaciona con la creencia aún extendida en muchos lugares de que enseñar el culo a la luna llena trae abundancia, suerte y fertilidad.

Igualmente, enero se creía el mejor mes para las bodas, quizá por la estrecha relación de su luna con el amor (recogida en una infinidad de

refranes y coplas).[8] Una bonita costumbre mágica en Granada recogía que la muchacha que tocara la campana de la Yela el día 2 de enero sería afortunada en el amor durante todo el año. Esto hacía que la campana no cesara de sonar todo el día, pasando de mano a mano entre las jóvenes de la población.[9]

Enero, situado en el corazón de la estación más fría, prosigue con la dinámica espiritual que en el folclore comienza a mediados de otoño y alcanza hasta bien entrada la primavera: es tiempo de muertos. Mientras la naturaleza reposa, el invierno materializa la energía de la desintegración y la muerte, convirtiendo este periodo en el más inclemente, severo y peligroso para la supervivencia. Los espíritus de los difuntos vagan voraces en las largas noches, las comitivas espectrales cabalgan los cielos y la muerte alarga sus dedos en la oscuridad. Es por esto por lo que la mayoría de las celebraciones y prácticas rituales del mes tienen una finalidad completamente apotropaica, dispuesta para proteger al ganado, los campos y las personas en el momento más vulnerable del año.

CALENDARIO TRADICIONAL DE ENERO



Primero de año:

1 DE ENERO

El primer día del año ha tenido un carácter festivo y propiciatorio en nuestra cultura desde la época romana. En su momento, estaba dedicado a Jano, al cual se dirigían las plegarias y ofrendas para favorecer el inicio del ciclo. También se dedicaba a Strenia, diosa relacionada con la buena salud y la suerte, que inspiraba el origen de una de las costumbres más populares de la Navidad actual: el intercambio de *strenae* o regalos. La primera acepción de la palabra romana *strena* era «presagio» o «pronóstico», lo que delata el sentido ritual que tenía el intercambio de estos presentes, que podían consistir en alimentos, ramilletes de hierbas, estatuillas, lucernas o útiles domésticos varios.^[10] Las estrenas eran una representación de los buenos deseos de cara al año nuevo hacia la persona a la que se regalaban: se entregaba un poco de la abundancia que se le deseaba con fin de atraer, de presagiar, la buena ventura en el ciclo que se iniciaba.

Un aspecto muy relevante de la jornada es que se consideraba un día de augurios, los cuales aventuraban la fortuna del nuevo año. Son muchos los sistemas que se utilizaban para ello, como sacrificios para escudriñar las vísceras u observación del vuelo de las aves, y algunos, como se verá en las actividades del mes, se han perpetuado hasta hoy.

Popularmente, el primero de enero se tenía en la España del siglo xvi, tal y como recoge Pedro Ciruelo en su *Reprobación de las supersticiones y*

hechicerías, como un día desafortunado, especialmente su novena hora.^[11] Quizá por su carácter augural, el miedo a que aconteciera algo malo en él hiciera que se considerara como una jornada ante la cual protegerse especialmente.

- Estrenas a los seres queridos
- Ofrendas y plegarias a los espíritus tutelares
- Adivinación para el año
- Magia propiciatoria
- Protegerse este día para evitar el mal durante todo el año



Víspera de Reyes y Epifanía:

5 Y 6 DE ENERO

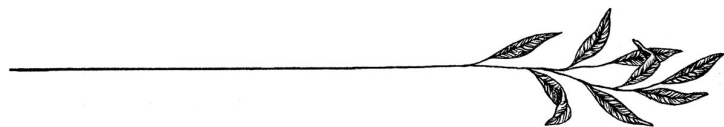
La víspera de los Reyes Magos y el día de la Epifanía se celebran en el calendario litúrgico desde al menos el siglo v.^[12] Aunque la costumbre de que los Reyes Magos traigan regalos a los niños parece implementarse en España durante el siglo xix, partía del amplio sustrato del que hablaremos en el mes de diciembre: los mitos de las comitivas espectrales a las cuales se deja ofrendas a cambio de sus bendiciones. Esta es una de las tradiciones más queridas por los infantes, pero para el amante del folclore y el practicante de brujería tiene un encanto mitológico y ritual especial. Los Reyes Magos recorriendo las calles en carrozas, acompañados de sus pajes y lanzando caramelos a los niños son una máscara de las comitivas espectrales del invierno, la cabalgata nocturna en su faceta benefactora, portadora de abundancia. Puedes consultar el capítulo del último mes para leer sobre este tema en mayor detalle.

De forma más explícita, el folclore español recoge también varias leyendas que sincretizan el mito de la Cacería Salvaje y la sitúan en la

víspera de Reyes; una de las más destacables es la de la cacería del rey Herodes. El monarca, en inspiración a su persecución nocturna y asesinato de los niños de Belén, se convierte en nuestras leyendas en el líder de una horrible cacería fantasmal, acompañado de sus sirvientes, lobos y perros, en la que busca con gran estruendo llevarse el alma de todo aquel que halle en su camino.^[13]

Aunque hoy en día se cierra el ciclo de las fiestas navideñas con la celebración de la Epifanía, antaño no terminaba hasta la Candelaria, el 2 de febrero. Así, los belenes y alimentos típicos como los turrone permanecían durante todo el mes de enero.

- Participar en la cabalgata de Reyes portando fanales o candelas para iluminar el camino a la comitiva de espíritus
- Protegerse de los espíritus malintencionados
- Dejar ofrendas dentro de casa a la cabalgata nocturna
- Hacer regalos en nombre de los Reyes Magos a los seres queridos para desearles suerte en el año nuevo



San Antón:

17 DE ENERO

El día de San Antonio Abad o San Antón es escenario en tierras valencianas, baleares, catalanas y aragonesas de una tradición mágica entrañable: *els tres tombs* («las tres vueltas»).

Se trata de una celebración ritual que se remonta al menos al siglo xv, ^[14] y consiste en una procesión conformada por los habitantes de la población y sus animales. Ganado y mascotas participan por igual en esta caminata acompañados de carros antiguos decorados que, cargados de materiales y productos de distintos oficios tradicionales, dan tres vueltas en procesión al pueblo o la iglesia. La circunvalación es un antiquísimo rito de

protección anual llevado a cabo en muchas culturas a lo largo de diversas fechas, pero especialmente durante y a finales del invierno. Dar vueltas alrededor de algo implica, a un nivel mágico, trazar una barrera entre aquello a proteger y las malas influencias externas, y en este acto quedan protegidos tanto el interior del cerco como aquellos que forman parte del desfile que lo traza. En el caso de *els tres tombs*, la bonita procesión termina en la iglesia, en la que el párroco bendice a los animales en honor a su patrón, san Antonio Abad, para protegerlos durante todo el año.

En muchos lugares de España, la víspera de este día se acompaña además de grandes hogueras purificadoras alrededor de las cuales se baila, se come o se rifa un cerdo.[15] También se representa la lucha del santo contra los demonios, como se hace en la localidad mallorquina de Sa Pobla. Esta teatralización, que a todas luces puede parecer católica, no deja de referir a lo mismo que todas las mascaradas de invierno que veremos durante el mes de febrero: representa la lucha contra los malos espíritus para proteger a la comunidad y, tras su expulsión, poner fin al invierno.

Como curiosidad, otra fecha a destacar por sus hogueras apotropaicas es el día de San Sebastián, el 19 de enero. En su víspera, en la población salmantina de Sobradillo se realizan las llamadas «luminarias de jumbrio», grandes fuegos purificadores con leña de enebro, que desprende un fantástico aroma y renueva el ambiente, alejando así todo mal.[16]

Otros lugares de la geografía peninsular también reúnen costumbres profilácticas para el ganado el día de San Antón. En la provincia de Burgos, se salía a pedir «para el santo» a los pueblos vecinos, y cada casa debía dar un panecillo o torta por cada animal doméstico que tuviera a modo de ofrenda o sacrificio para su protección. A los animales se les hacía dar una vuelta a la iglesia con el mismo fin.[17] En Barakaldo, el párroco también bendecía las esquilas y cencerros del ganado.[18]

- Dar tres vueltas al pueblo o a un lugar sagrado con nuestros animales para bendecirlos
- Entregar a los espíritus del invierno una ofrenda (como serían los panecillos de San Antón) a cambio de respetar y proteger la vida de nuestros animales
- Encender una hoguera con fines protectores y purificadores



AMULETO TRADICIONAL

Panecillos de San Antón

Los panecillos, en muchos lugares de España, son un elemento central en esta celebración. Se trata normalmente de tortas sin sal ni fermentación (formato muy asociado al invierno y a los panes funerarios, es pan «muerto»), marcadas con una cruz. En un principio, se ofrecían al santo a cambio de la protección del ganado, pero también se les atribuyeron facultades mágicas.

Benditos en este día, se creía que si los enfermos los comían sanarían y se guardaban como amuleto para atraer el dinero y el amor de un año para el siguiente.



MAGIA Y TAREAS ESTACIONALES

Auspicios de año nuevo

Enero recoge un gran número de prácticas adivinatorias populares para aventurar cómo iría el nuevo año. Según se decía, el viento que corriera ese día sería el que predominaría en todo el año; asimismo, el dinero que se llevara en el bolsillo sería similar del que se tendría hasta el próximo enero: si era oro, la suerte acompañaría a su portador; si era plata, esta sería menor; y si era cobre, no sobraría el dinero.

También se adivinaba el carácter del año según el día de la semana en que empezara, tomando los atributos del dios correspondiente: si caía en lunes, la fortuna sería variada y cambiante como la luna; en martes, se esperaba un año de conflictos; en miércoles, el comercio y los negocios irían bien; en jueves, se auguraba un año próspero bajo el influjo de Júpiter; en viernes, abundarían los amoríos; en sábado, se esperaba un buen año para la agricultura, y los domingos pronosticaban un año luminoso.^[19]

También se creía que las circunstancias de la primera persona que uno se cruzara por la calle indicaría la suerte que le deparaba el año: un pobre, mala fortuna y, un rico, un año próspero y abundante.^[20] Podría llevarse esta práctica a muchas otras observaciones: una embarazada, un embarazo; una pareja enamorada, el amor; una persona enferma, enfermedad...

En diversos lugares de España, el año comienza con una predicción climatológica basada en la observación de los primeros doce días del mes. Según este sistema, conocido como cabañuelas o *zotalegun* en el País Vasco, el tiempo de cada día se corresponderá con el que predominará cada uno de los meses siguientes: si el 1 de enero es frío y soleado, así lo será el mes

en general; si el día 2 de enero llueve, febrero será lluvioso, y así hasta completar el pronóstico anual con los doce primeros días del año.

Puede aprovecharse esta tradición popular para adaptarla a otras predicciones anuales mediante la observación de otros signos o augurios en estos días. Conviene tomar nota en un diario de todo lo que resulta destacable en cada uno de ellos, desde hallazgos inesperados hasta la dinámica general de la jornada: si ha sido un día problemático, si todo ha fluido con facilidad, si se ha recibido un regalo, si se ha visto un animal simbólico por sorpresa... De las observaciones podrá extraerse un mensaje para cada mes.

Otro sistema oracular meteorológico muy típico del primero de enero es el llamado «calendario de la cebolla», popular sobre todo en el Pirineo aragonés y catalán. Este sistema consiste en cortar una cebolla por la mitad y sacarle doce medias capas, que se colocan en orden sobre una bandeja y corresponden a los meses del año. Sobre cada una de las capas de cebolla, como si fueran pequeños cuencos, se vierte una cucharadita de sal. La bandeja se deja en el exterior, en el alféizar de la ventana por ejemplo, durante toda la noche de San Silvestre y se consulta la mañana del primero de enero: los meses correspondientes a las capas de cebolla en las que la sal ha quedado seca, serán meses secos, mientras que los meses correspondientes a las capas en las que la sal se ha derretido o aguado, serán meses lluviosos.

Limpieza de los umbrales

El primero de enero marca el umbral entre un año y el siguiente. Una forma de hacer que el paso por esta puerta sea venturoso y los espíritus que rigen sobre este momento liminal sean propicios es purificar los umbrales, los quicios y las puertas de casa. Este acto, como magia imitativa, ayudará a que la transición sea suave, a que los males queden en el pasado y a que se comience el ciclo con frescura. Como inspiración histórica para este acto ritual se puede tomar el ejemplo de Mari González, hechicera acusada frente al Santo Oficio en 1608, que limpiaba los umbrales y puertas de su casa con vinagre y encendía una vela detrás de cada puerta.^[21] Tomando su idea, además de purificar con el vinagre, se puede entender que la vela tras cada puerta es una ofrenda a los espíritus de los umbrales o una forma de expulsar con la luz el miasma y los malos espíritus de los rincones. Dejo

a continuación una receta de vinagre purificador con ingredientes de temporada que puede usarse en esta práctica:



VINAGRE DE LIMPIEZA

Materiales:

- 1 litro de vinagre blanco
- Pieles de naranja
- Pieles de limón
- 1 puñado de agujas de pino frescas

Optativo: Puede mezclarse el vinagre con otras hierbas o especias de preferencia para la purificación y la prosperidad: laurel, tomillo, romero, clavo...

Preparación:

1. Poner en un tarro de cristal con cierre hermético las pieles de al menos un par de naranjas y un limón. Añadir un puñado de agujas de pino frescas y cubrir todo con vinagre blanco, sin que las hierbas sobresalgan.
2. Cerrar y dejar macerar de quince a veinte días, removiendo de vez en cuando.
3. Pasado el tiempo, filtrar con una tela o colador y embotellar el vinagre resultante.

Uso:

Puro o rebajado con agua, este vinagre es un gran desinfectante de superficies domésticas como suelos, mesas o encimeras. Sin embargo, también es un excelente purificador energético con que limpiar los altares, las puertas y sus umbrales, así como herramientas mágicas. Incluso se puede añadir en baños.

Comida para las aves, espíritus del territorio

Una costumbre popular del invierno es poner comida a las aves, puesto que no siempre encuentran alimento en la naturaleza en este momento del año.

En el folclore, las aves se relacionaban con el origen de la agricultura: se creía que, gracias a ellas, se habían diseminado el trigo y las primeras gramíneas, permitiendo así al ser humano comenzar a cultivar cereales. Por ese motivo, era costumbre en algunas zonas rurales dejarles un manojo de espigas de trigo sobre el tejado el día de Navidad como muestra de agradecimiento.[22] Otra asociación de los pájaros en la creencia popular es que representan las ánimas de los muertos: visitan a sus familiares bajo una forma alada para avisarlos de su presencia, y las bandadas migratorias se asimilaban a las procesiones de difuntos, que volaban hacia su lugar de descanso.[23]

Poner un comedero a las aves no es solo un pequeño acto de amabilidad hacia los animales que viven alrededor, sino que puede ser practicado como un acto espiritual de ofrenda: hacia los pájaros en sí para agradecerles su labor en la naturaleza, así como hacia los númenes de la agricultura y los difuntos que encarnan.

Para no perjudicarlos, la comida debe ser adecuada (frutos secos sin sal, cereales en crudo, alpiste...) y ponerla solo de manera puntual o, si se deja de forma continuada, no cesar la actividad de golpe para no dejarlos sin nada en caso de haber creado dependencia en ellos. Dejar de rellenar el comedero debe ser un proceso paulatino, pero es importante cesar cuando llegue el buen tiempo para que se valgan por sí mismos en la época de abundancia.

Magia onírica

Los meses de noches más largas inducen en el organismo la necesidad de dormir más horas, y el sueño durante esta época parece más profundo y espeso. También se pasa más tiempo en estados liminales entre el sueño y la vigilia, en la penumbra. Muchos practicantes, entre los que me incluyo, reportan una mayor intensidad onírica en este periodo, con una mayor concentración de sueños simbólicos, proféticos, parálisis del sueño o experiencias de vuelo del espíritu (proyección astral), sobre todo durante los solsticios y alrededor del cambio de año. En enero resulta aconsejable

apuntar los sueños e interpretar aquellos que resulten, por una u otra razón, destacables. También pueden llevarse a cabo prácticas de *incubatio* para pedir que lleguen mensajes a través de ellos. La estructura básica de una incubación del sueño puede ser la siguiente:



RITUAL BÁSICO DE INCUBACIÓN

Materiales:

- 1 ofrenda (flores, incienso, agua aromática...) si se pide el mensaje del sueño a algún espíritu
- 1 vela blanca
- 1 preparado de purificación personal
- 1 preparado de purificación ambiental
- Sábanas y pijama limpios, preferiblemente blancos

Optativo: Elementos onirógenos del gusto del practicante: aceite, ungüento o infusión de plantas como la lechuga silvestre, la artemisa o la tila; saquitos o hierbas bajo la almohada con, por ejemplo, plumas de aves nocturnas, beleño (cuidado porque es tóxico), lavanda...; agua de hierbas para rociar la cama, objetos como maracas de cápsulas de adormidera...

Ritual:

1. Purificarse personalmente con el método que se prefiera (es recomendable hacerlo en el baño o la ducha), y purificar también el dormitorio y la cama. Poner sábanas y un pijama limpios.
2. Preparar un altar onírico en la mesita de noche, con una vela blanca, los objetos o preparados onirógenos a utilizar y la ofrenda.
3. Encender la vela y meditar unos minutos sobre la cuestión a consultar y los espíritus a los cuales se va a pedir el sueño sagrado, si es que los hay (también puede pedirse al propio inconsciente cuando se desea consultar asuntos internos).

4. Invocar a los espíritus deseados. Consagrar y entregar la ofrenda antes de hacer la petición del sueño de forma clara y concisa. Puede ser la respuesta a una pregunta, consejo, solicitar un sueño profético, averiguar el mejor tratamiento o solución a un mal padecido...
5. Aplicar los elementos onirógenos de forma ritual.
6. Apagar la vela e ir a dormir. Meditar de la forma preferida hasta alcanzar la hipnagogia y, en ese momento, repetir la pregunta varias veces hasta quedarse dormido.
7. Al día siguiente nada más despertar, apuntar el sueño. Agradecer al espíritu consultado, dejando consumir la vela del todo, e interpretar la respuesta.

EL JARDÍN DE LA BRUJA

El mes de enero requiere de diversas tareas de mantenimiento en las plantas de exterior. Aquellas vulnerables a las heladas o las temperaturas bajas deberán entrarse en casa para protegerlas del frío, aunque también pueden dejarse fuera cubiertas con una malla antiheladas.

Si se tiene algún árbol, arbusto o planta que podar, este es un buen mes para hacerlo (puede aprovecharse la luna nueva o menguante para ello), ya que la planta está hibernando y, como su energía y nutrientes se concentran en la raíz, no se interrumpirá su crecimiento. También es un buen momento para trasplantar árboles, arbustos y rosales.

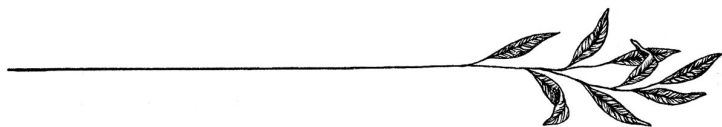
Esta es la temporada adecuada para orear la tierra y prepararla de cara a las siembras de primavera, así como para nutrirla con un abono rico en nitrógeno. Una práctica tradicional para ello consiste en extender sobre la tierra las cenizas del fuego del solsticio, a las que se atribuía la

capacidad de proteger y propiciar los cultivos.

*No es un buen momento para la recolección, pero,
de ser necesaria, pueden recogerse las plantas
perennes simplemente en la medida que se
requieran para pasar el invierno. Para la cosecha
que abastezca el resto del año, es más propicio
esperar a las estaciones cálidas.*

ALIADOS DE LA TEMPORADA

Pese a que el invierno no sea el mejor momento para la recolección de hierbas, aún se pueden encontrar algunas que asistan en este momento del año. Las más destacables en esta estación son las plantas perennes, a las que por lo general se atribuyen características purificadoras en el folclore.

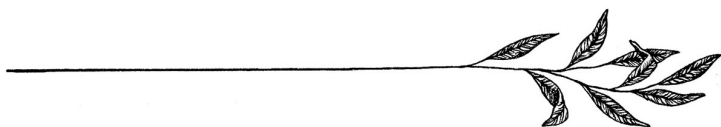


Hierbas

- **Coníferas:** *Se puede recolectar la resina de pinos, abetos o cedros para usarlas como incienso sobre carboncillo. Su aroma es fantástico y tienen una fuerte virtud purificadora. También pueden usarse sus hojas verdes en el altar o a modo de escobilla para expulsar el mal de casa.*
- **Enebro:** *Su leña, bayas u hojas pueden quemarse en sahumeros, hogueras o carboncillo como purificador típico de esta época del año.*
- **Cítricos:** *Las naranjas, las mandarinas y los limones están en su punto de recolección. Además de tener las vitaminas que el cuerpo necesita durante el invierno, su acidez y su semejanza con el sol las convierten en grandes aliadas para la limpieza y la prosperidad. Por otro lado, los limones se han usado tradicionalmente también en la magia maléfica.*
- **Laurel y olivo:** *Sus ramas eran entregadas como estrenas entre los romanos para propiciar la protección y la prosperidad.^[24]*
- **Ajo:** *En el mes de enero se entregaba la cabeza de un ajo como símil de sacrificio a los lares y manes durante las fiestas romanas de las Compitalia. Esta planta se utiliza para apaciguar a los muertos y evitar que se lleven a otros con ellos,^[25] y se le atribuyen propiedades apotropaicas contra los*

malos espíritus.

- **Cebolla:** Usada en oráculo este mes. Si bien posee propiedades apotropaicas contra los malos espíritus, también se emplea en la magia maléfica.
- **Espinas de endrino:** Aprovechando que el arbusto está desnudo de hojas, pueden recogerse sus espinas expuestas para guardarlas de cara al resto del año. Estas se usan para inscribir cera, para la protección o para los maleficios. Es posible recolectar otras espinas como las del rosal, las del espino albar o las de la zarzamora.
- **Brezo:** Símbolo del cerco en la brujería tradicional, es uno de los principales arbustos con los que se hacen escobas. Pueden recolectarse en este momento del año sus ramas y madera para dicho fin. Las escobas o escobillas de mano hechas con brezo sirven para expulsar el mal de casa, como amuleto colgado sobre el lindar o bocarriba tras la puerta de entrada, y también como montura en prácticas de vuelo del espíritu.
- **Eléboro verde o fétido (tóxica):** Esta planta florece en invierno, tiempo de muerte. El aspecto saturnino de sus flores, lánguidas, duras y poco aparentes (en algunas especies incluso parecen salpicadas de sangre), junto con su alta toxicidad le otorgan una reputación siniestra. Tradicionalmente, ha sido una planta muy reconocida en la magia para el destierro de los malos espíritus, pero recolectarla requería de ritos específicos, por lo que es necesario ser un herborista experimentado para trabajar con ella.



Otros recursos

- **Frío:** Enero, como mes más frío del año, proporciona la posibilidad de utilizar la inclemencia del clima con fines mágicos. Pueden paralizarse situaciones o la acción de alguna persona exponiéndolas a las heladas nocturnas: escribirlas en un papel, mojarlo después o meterlo en un cubo con agua y dejarlo a la intemperie. El frío y la nieve también son poderosos elementos para meditar y profundizar tanto en la sombra propia como en el sentido espiritual de la muerte y el invierno.

- **Las calmas:** La bajada del nivel del Mediterráneo puede ser interesante en la magia. El mar es, en el folclore indoeuropeo, una puerta al mundo de los muertos; durante este fenómeno, su umbral retrocede y queda visible lo que el resto del año está oculto. Se puede aprovechar este espacio liminal para llevar a cabo prácticas de hechicería o adivinación. El retroceso, además, puede servir a prácticas de destierro, inscribiendo en la arena o situando simbólicamente el elemento a desvanecer en la zona que se inundará, o bien transmitiéndoselo a una piedra del entorno y lanzándola a las profundidades marinas.
- **Fuego:** El espíritu aliado de la humanidad más importante durante el invierno. Son comunes las hogueras protectoras, que pueden llevarse a cabo con la quema de plantas purificadoras.
- **Lobos y licantrópía:** Es el animal simbólico del mes. Ya sea evocando su imagen o a través de algún elemento físico procedente de ellos (huesos, pelo, tierra que hayan pisado...), son un espíritu del que tomar fuerza y con el que explorar nuestra sombra más salvaje. Es un buen momento para las prácticas licantrópicas. Además, puede donarse a alguna asociación de protección del lobo a modo de ofrenda al territorio y muestra de respeto a los espíritus del invierno.
- **La luna de enero:** Exponerse a su plenilunio se asocia a la adquisición de poder mágico. Cualquier trabajo bajo su luz, se verá catalizado.



FEBRERO

Los campos desnudos comienzan a aparecer salpicados de un color blanco que no es hielo ni escarcha. Son los pétalos de los almendros y son las flores del endrino, de la rabaniza y del aliso de mar, que se atreven a desafiar el reinado del invierno. Un reinado que, ante su augurado fin, se revolverá con su faz más fiera como una bestia herida de muerte.

Febrero toma su nombre del latín *februa*, término por el cual se conocían ciertos instrumentos de purificación que se utilizaban en este mes y que respondían a su marcado carácter espiritual.^[1] Así, contemplado como el último mes del año en el calendario romano, era un periodo para honrar a los muertos y para la purificación. Se trataba de un tiempo de festividades arcaicas que permanecieron prácticamente inalteradas durante la historia de Roma por el miedo y el respeto que suscitaban los espíritus de los difuntos, los manes, a los que el mes estaba consagrado. De hecho, pese a los diversos ajustes de calendario que han modificado la duración de los demás meses, los veintiocho días de febrero no han sido nunca alterados por temor a importunar a los difuntos.^[2] Todavía hoy en día este es uno de los meses que más celebraciones atávicas contiene en nuestra cultura, comprendidas bajo los carnavales y las mascaradas de invierno.

La necesidad de purificación durante este periodo fue contemplada también por otras culturas europeas, como los pueblos celtas. Resultaba una idea común que el invierno había cumplido su función desintegradora

y debía llegar pronto a su fin, momento en que los espíritus de la noche y de los muertos regresarían a su mundo subterráneo para dar vida a la tierra. Para el renacer del ciclo, se les tenía que despedir, apaciguar y expulsar de las poblaciones y los campos mediante ritos varios.

Así como ya para el pueblo romano febrero era un mes funesto, dicha concepción se ha mantenido en nuestro folclore hasta prácticamente la actualidad, con especial hincapié en el día 29 de los años bisiestos y en su plenilunio. Entre la superstición y el marcado carácter irascible de la climatología de este mes, que tanto puede presentar días luminosos, casi primaverales, como las heladas más destructivas del año, ha quedado plasmado en la voz popular que «Febrero, febrerín, es el más corto y el más ruin»:[3] se tenía como el mes que traía más muertes y más enfermedades. Asimismo, los truenos de febrero se consideraban de mal agüero para el resto del año. Sin embargo, en una asociación quizá con el ciclo natural, se opinaba que los matrimonios celebrados este mes eran fecundos y pronto darían hijos.[4]

En el campo, el oreo de la tierra para los cultivos de primavera y la poda siguen estando vigentes durante todo el mes. Comenzaban tradicionalmente algunas siembras: la luna nueva de febrero se tenía por la mejor para plantar ajos y se esparcían las semillas del cáñamo y del lino, que después servirían para obtener fibra textil con que hacer tela y cuerda. Esta siembra se acompañaba popularmente de juegos de niños sobre los campos para evitar que los pájaros, que asemejados a las ánimas de los muertos que podían robar la futura cosecha, se comieran las semillas.[5]

Joan Amades refleja que la siembra del cáñamo y el lino solía ir acompañada, en las poblaciones rurales catalanas, de ciertos actos rituales de carácter marcadamente femenino: las mujeres se reunían de noche, fuera de la mirada de los hombres, para danzar en cerco y festejar sobre los campos, quizá bajo el plenilunio, que marcaba el mejor momento para la siembra.[6] La asociación simbólica es evidente: el lino y el cáñamo son plantas vinculadas al ámbito femenino por ser las mujeres las encargadas de procesar las fibras, hilarlas y tejer con ellas; a su vez, la mujer se vincula a la fertilidad de los campos y a la luna, siendo la mejor para llevar a cabo estos ritos propiciatorios.

En la montaña y el ámbito pastoril, febrero sigue siendo época de nacimiento de los corderos, así como de una gran mortalidad entre el ganado. Igual que en el mes anterior, eran populares las batidas contra los lobos y los zorros, que tras su muerte eran exhibidos por las poblaciones y

casas próximas a modo de colecta: la gente donaba unas monedas a los cazadores en agradecimiento por acabar con la vida del animal. En cuanto a los osos, animales antaño extendidos por casi toda la zona montañosa de la península, salían en febrero de su hibernación, momento en que eran especialmente vulnerables y estaban ávidos de alimento. Los cazadores de osos eran muy valorados en las sociedades rurales y, como trofeo, clavaban en sus umbrales la cabeza y las garras de los animales cazados.[7] El oso y su caza fundamentaban un gran número de celebraciones rituales que comentaremos en el calendario de febrero.

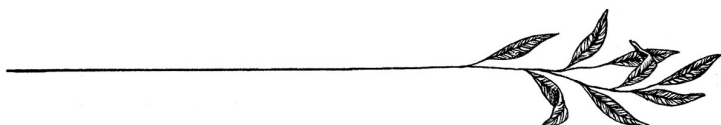
Por otro lado, este se tenía por un mes desafortunado en el ámbito marítimo. Entre finales de enero y principios de febrero acostumbran a arreciar vientos fuertes que dificultan la pesca en barco. Por ese motivo, en las zonas costeras, las actividades tradicionales del mes solían consistir en preparar el material para los meses próximos: se aparejaban las nasas, se conformaban trampas de juncos, se tejían y reparaban las redes.[8]

En el ciclo espiritual tradicional del año, febrero es el centro del periodo carnavalesco, que se extiende desde Navidad (o incluso unas semanas antes) hasta los carnavales propiamente dichos. Esta época se caracteriza por las arcaicas mascaradas de invierno y toda una serie de festividades de carácter grotesco, satírico y caótico que representan la degradación (según los parámetros de la sociedad) y la inversión de roles. [9] Estos rasgos son de origen tan antiguo que se vinculan directamente con celebraciones romanas como la Saturnalia, la Lupercalia o las bacanales, y se han mantenido de forma más pura en las áreas rurales y montañosas. Refieren a un carácter ritual de purificación a través de lo extático y lo liberador en lugar de mediante el recato cristiano: la quema de muñecos ridiculizados como chivos expiatorios; la catarsis y la fertilidad que propician las ajetreadas carreras en las que sus participantes son manchados con harina o ceniza, o bien son fustigados por grotescas figuras enmascaradas; la permisividad en la transgresión del tabú y la inversión del orden social como liberación a fin de mantener el orden el resto del año. Los jóvenes que llevan a cabo estos ritos para el resto de la comunidad representan la renovación y la fertilidad en su faceta más primaria y salvaje, necesaria para la reproducción. Emular el carácter antagónico e incivilizado del invierno, tan propiciatorio de la regeneración de la naturaleza, hace lo propio con la comunidad y los campos.

Este carnavalesco sustrato pagano está presente en prácticamente todas las fiestas de febrero, así como lo está en otras previas como los Santos

Inocentes o San Silvestre.

CALENDARIO TRADICIONAL DE FEBRERO



La Candelaria:

2 DE FEBRERO

Esta celebración de apertura del mes coincide con la fiesta irlandesa del Imbolc, que parece corresponderse con celebraciones de igual motivación y fecha en otras zonas con influencia celta, como se aprecia en recientes estudios sobre la astronomía en Galicia.^[10] Parece ser que los elementos comunes de esta celebración serían la purificación y la luz, y aunque existen prácticas que los refieren en toda Europa, así como también en nuestra península, carecemos de información que concrete los matices que tenía dicha festividad por estas tierras en la Antigüedad; casi todo lo que sabemos es lo que nos ha llegado a través del sincrético catolicismo popular.

La Candelaria, pese a citarse ya en el siglo v,^[11] fue acogida oficialmente en Roma en el siglo vii. También llamada la «fiesta de la luz», conmemoraba la presentación de Jesús en el templo y la purificación de María cuarenta días después del parto, como era costumbre en los alumbramientos de varones. Sin embargo, tanto los temas centrales de la festividad (la purificación y la luz) como su ubicación (cuarenta días después del solsticio) ya eran aspectos presentes en la celebración celta,^[12] lo que refleja un proceso de superposición religiosa.

En muchos lugares de nuestra geografía, la Candelaria se caracteriza por el encendido de hogueras nocturnas de la misma forma que se hacía en

la festividad celta en muchos lugares de Europa. Estos fuegos, llamados «candelas» en lugares como la Puebla de los Infantes (Sevilla),^[13] se encienden delante de cada casa o de forma comunitaria. En otros lugares, la presencia del fuego se ha modernizado en tracas de petardos o fuegos artificiales.^[14]



Ya en la Edad Media, se recoge una de las prácticas principales de la Candelaria que ha seguido presente hasta hoy en prácticamente la totalidad del territorio español: la bendición de las candelas y cirios que se utilizarán el resto del año.^[15] Las velas se llevan a la misa para ser benditas y después se encienden junto al sagrario en las iglesias y en las sepulturas de los familiares, y también se utilizan en los bautizos o como ofrenda en los santuarios.^[16]

Sin embargo, su uso tradicional el resto del año era también completamente mágico: se daban encendidas a los moribundos para ayudarlos a morir,^[17] o a los enfermos para que sanaran;^[18] se utilizaban en las vigiliass mortuorias y para acompañar al difunto al cementerio con el fin de proteger y guiar su alma; se prendían cuando había tormenta para evitar que esta causara daños con sus rayos o el granizo, pero también contra la acción de las brujas;^[19] se portaban en farolillos por las calles nocturnas para alejar el miedo y las ánimas errantes;^[20] se empleaban para la protección del ganado y de las parturientas,^[21] etc. Su carácter mágico era, como puede apreciarse, eminentemente protector.

Era común en las zonas de cultivo de olivos de la península que se llevara al templo a modo de ofrenda aceite para las lámparas y, entre los apicultores, cera para hacer candelas.^[22]

También eran populares las procesiones diurnas o nocturnas portando velas, a menudo con cierto carácter auspicioso: que el cirio del párroco se mantuviera encendido o se apagara durante el recorrido auguraba un buen o un mal año, y las embarazadas veían como un presagio de que el parto iría mal o el niño nacería muerto si se les apagaba su propia candela. Por otro lado, aquellas madres cuyos bebés habían fallecido encendían una vela

el 2 de febrero para darles luz en el limbo.[23]

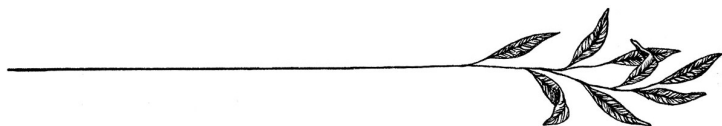
La Candelaria se tiene popularmente como el punto que marca la mitad del invierno, por lo que en muchos lugares de España y de Europa se augura cómo será el resto de la estación según transcurra la jornada. Muchos refranes refieren este hecho: dicen los gallegos que «Se a Candelaria chora, o inverno vai fóra. Se a Candelaria ri, o inverno está por vir» («si la Candelaria llora, se acabó el invierno. Si la Candelaria ríe, aún está por venir»), o «Que la Candelaria llore o cante, invierno atrás y adelante».

En definitiva: si el 2 de febrero es lluvioso, el invierno estará por terminar, mientras que si es soleado, el frío aún durará bastante más. En este día, también se llevaban a cabo prácticas adivinatorias mediante la quema de las velas benditas, de manera que habría buena cosecha si los cirios ardían bien o todo lo contrario si se apagaban o prendían con dificultad.[24]

Cabe mencionar que, en algunos lugares, la Candelaria incluye elementos carnalescos como la elaboración y quema de muñecos, así como la fiesta y la sátira. Los comentaremos mejor en el apartado de los carnavales.

Finalmente, la fiesta de la Candelaria cierra el ciclo navideño al ser el día en que se retiraban los belenes y se abandonaban tanto los turrones como demás alimentos típicos de las fiestas.[25]

- Encender una hoguera o vela en honor al ascenso de la luz
- Elaborar o adquirir velas para el resto del año y bendecirlas
- Observar el clima durante el día
- Regalar aceite o cera a modo de ofrenda
- Llevar a cabo adivinación con velas



Son comunes en su celebración las hogueras y los ritos festivos de carácter carnavalesco, con bailes, latigazos, cencerros y disfraces.[26] La figura de san Blas, como ermitaño en una cueva, se asocia de algún modo a la figura pagana del oso en las mascaradas de invierno.

El alimento mágico del día son los panes, las tortas, las galletas, los panecillos y las roscas o rosquillas de San Blas, que tienen en común la virtud mágico-medicinal de guardar del dolor de garganta. También se bendecían en esta jornada higos secos, chocolatinas, dulces, caramelos, algarrobas y otros alimentos, que se conservaban tanto para las personas como el ganado en momentos de enfermedades de garganta o respiratorias.

[27]

- Rito del cordón de San Blas
- Hacer rosquillas o panecillos de San Blas
- Bendecir algún dulce imperecedero y guardarlo para cuando se tenga dolor de garganta

HECHIZO TRADICIONAL

El cordón de San Blas

Son cordeles que se bendecían y se envolvían alrededor del cuello para curar el dolor de garganta. La costumbre ha estado presente en diversas zonas de España, si bien es muy popular en el País Vasco y en Canarias. Debe llevarse durante nueve días, contando el de San Blas como el primero, y luego quemarse; así, queda uno protegido de los dolores de garganta el resto del invierno.



Santa Águeda:

5 DE FEBRERO

La fiesta de Santa Águeda o de las Águedas reúne una serie de prácticas rituales de origen pagano de lo más interesantes, como que parece sincretizar ciertos elementos de la fiesta romana de la Matronalia.[28] En este día se produce una inversión de los roles de géneros en la sociedad: las mujeres, tradicionalmente sometidas a un contexto patriarcal, renuncian a encargarse de las tareas domésticas y toman el mando de la jornada. A menudo se nombra a una «alcaldesa» y varias «mayordomas», apartando así a los hombres de las actividades festivas públicas y realizando actos que tan solo a ellos les estaban permitidos el resto del año, como sacarlos a bailar,[29] burlarse o mostrar gran desinhibición.[30] Pese a lo inadmisibile de la práctica para el obispado, algunos párrocos participaban de buena gana en la tradición, como refleja esta denuncia de 1750 en la localidad salmantina de Guijuelo:

Con gravísimo escándalo se juntan las mujeres en la víspera y día de Santa Águeda a bailes y cantares provocativos y deshonestos por la noche en el pórtico y de día dentro de la misma iglesia; y que el beneficiado o cura de ella, bien lejos de prohibir semejantes ofensas a Dios y de su santo templo, coopera a los mismos insolentes desacatos, y se deja llevar bailándole desde su casa hasta la misma parrochia, con notable vilipendio de su estado y ministerio.[31]

La celebración se conforma en estrecha relación con el concepto de inversión del orden que tienen los carnavales, pero también delata la importancia que tenían las mujeres durante el mes, así como en los ritos dedicados a la fertilidad de la tierra y el reinicio del ciclo: eran protagonistas de muchos de ellos y se les permitía expresar su sexualidad con libertad porque se consideraba que atraía la fecundidad a la comunidad, sus animales y sus cultivos. De hecho, existen otras celebraciones similares alrededor de Carnaval, como Les Comadres en Asturias, durante el Jueves Lardero.



- Trabajo mágico con arquetipos femeninos
- Magia de fertilidad y sexualidad femenina



Las fiestas romanas de los muertos:

del 13 al 21 DE FEBRERO

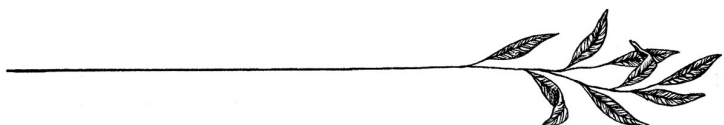
Especial mención tienen este mes las fiestas romanas de los difuntos. Como ya hemos visto, la vinculación de febrero con los muertos ha quedado muy presente en nuestro folclore, especialmente en las mascaradas de invierno. Los romanos creían que desde el mediodía del 13 de febrero hasta el 21 del mismo mes (notemos la similitud con la creencia de Todos los Santos, en la que los muertos también llegan a mediodía),^[32] las ánimas vagaban mucho más cerca de los vivos y solicitaban diversos ritos y ofrendas. Las Parentalia, celebradas a partir del día 13, eran unas fiestas dedicadas a los buenos ancestros de la familia, los manes. La Feralia, que cerraba las celebraciones en honor a los difuntos, estaba dedicada a apaciguarlos a todos en general. En estos días, se apagaban los fuegos en los altares, se cerraban los templos en un gesto de duelo y se llevaban ofrendas sencillas a las tumbas de los seres queridos,^[33] como lo refleja Ovidio:

Aplacad las almas de los padres y llevad pequeños regalos a las piras extintas. Los manes reclaman cosas pequeñas; agradecen el amor de los hijos en lugar de regalos ricos. La profunda Estige no tiene dioses codiciosos. Basta con una teja adornada con coronas colgantes, unas avenas esparcidas, una pequeña cantidad de sal, y trigo ablandado en vino y violetas sueltas.^[34]

- Tener un gesto de duelo como respeto a los ancestros; por ejemplo, no encender el altar a otros espíritus, hacer un

minuto de silencio o vestir de luto

- Llevar unas ofrendas a la tumba de los seres queridos



Los carnavales y las mascaradas de invierno

Los carnavales son una de las festividades que más elementos atávicos rituales han mantenido. Pese a que su fecha oficial se dispone cuarenta días antes del Domingo de Resurrección, las fiestas de carácter carnavalesco, también conocidas como «mascaradas de invierno», se extienden por toda España desde diciembre hasta la llegada de la primavera.

Las celebraciones incorporan los conceptos paganos que ya se han mencionado en todo el mes de febrero: la purificación a través de lo extático, de la inversión del orden social, de emociones tan crudas como la burla despiadada, la risa, el dolor o el sexo, así como de la liberación de los impulsos más salvajes del ser humano. Sin embargo, también se busca propiciar la fertilidad del nuevo ciclo a través de la aceptación de esta naturaleza salvaje, a través de la sexualidad sin tabú y de imitar las fuerzas del invierno y la muerte en su función regeneradora.

Sería imposible recoger aquí ni una mínima parte de los espectaculares ritos carnavalescos que se dan en nuestra tierra. En las ciudades y en el sur de la península, las mascaradas de invierno se civilizaron y refinaron a través de disfraces modernos, tonadillas satíricas y el velado de su carácter mágico. En el norte, en cambio, y especialmente en las zonas rurales, se mantuvieron mucho más sus rasgos primitivos rituales: disfraces con hojas, cortezas, paja, pieles o huesos para imitar a los númenes de la naturaleza y del invierno; procesiones alrededor del pueblo con sonoros cencerros para espantar a los malos espíritus y despertar los campos; o salvajes carreras y persecuciones por las calles, en las que grotescos personajes fustigan con látigos o manchan con ceniza, harina o betún el rostro de aquellos a quienes atrapan.^[35]

Muchos de estos elementos estaban ya presentes en la Lupercalia romana, que se celebraba el 15 de febrero. En ella, un grupo de jóvenes, los

lupercos, vestidos tan solo con pieles de cabra recién sacrificadas y portando látigos del mismo material, se dedicaban a corretear desenfundados por las calles fustigando a las mujeres que hallaban a su paso, que se dejaban hacer bajo la creencia de que ello las haría más fértiles. Se trataba de una fiesta de purificación y de fertilidad con un gran componente salvaje, animalesco y sexual que, sin duda, ha permeado en nuestras carnestolendas modernas.

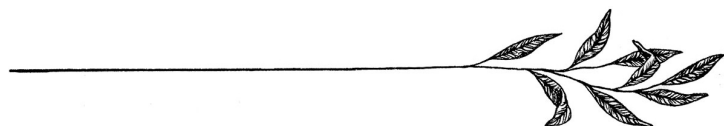
El carnaval comienza el Jueves Lardero, un día en que es tradicional comer carne porque no se podrá durante la Cuaresma. Diversos son los alimentos típicos de la jornada: chorizos, butifarra, longaniza, tocino, repostería hecha con grasa de cerdo..., y se comen habitualmente en familia o con amigos en forma de pícnic en el campo.

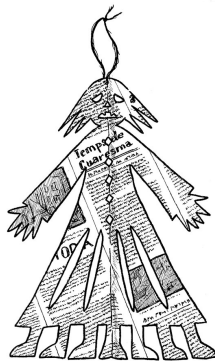
Después de cobijar todos los ritos satíricos, festivos, apotropaicos, purificadores y de fertilidad durante la semana de carnaval, las celebraciones concluyen el martes siguiente, normalmente con uno de los actos rituales más icónicos de estas fechas: la muerte del Rey del Carnaval. Este personaje (ya presente de forma similar en la Saturnalia romana) rige este mundo al revés e incentiva con ello el caos y el desenfreno; además, acostumbra a ser un muñeco o monigote que, tras presidir todos los ritos, es quemado o ahorcado. El Rey del Carnaval es, a todas luces, el vestigio de un sacrificio como chivo expiatorio: representante del descontrol y del invierno, tras haber purgado la comunidad es sacrificado para que regrese el orden y el ciclo se reinicie. De hecho, el Rey del Carnaval es en muchas ocasiones una representación de algún político o personaje relevante al que se le achacan los males de la sociedad, a los cuales se busca poner fin dándole una muerte simbólica. Otro ejemplo típico de este chivo expiatorio en nuestros carnavales es el entierro de la sardina el Miércoles de Ceniza, lo mismo que la ya desaparecida costumbre de romper un plato, olla o vasija de barro;^[36] similares ambos de sacrificio en muchas fiestas populares.

Antes de concluir, no podía dejar de mencionar una figura que no solo está muy presente en las mascaradas antiguas, sino que incluso es protagonista de muchas de ellas: el oso. Los ejemplos más notorios de estas celebraciones, denominadas Fiestas del Oso, se dan en el Pirineo (Prats de Molló, Ordino, Saint Laurent de Cerdans) o en Salcedo (Galicia), si bien, como ya hemos comentado, aparece en muchos otros carnavales de la mitad norte de la península. Este animal, pues, es símbolo de la naturaleza agreste y de la faceta salvaje del hombre, y encarna el espíritu del invierno. Las fiestas en su honor terminan con la representación del sacrificio, el

afeitado o el casamiento del oso con una doncella del pueblo, simbolizando así la muerte del invierno, la domesticación de la naturaleza en pro de la agricultura o su alianza con la comunidad mediante la hierogamia, respectivamente. En varias de estas fiestas, además, el oso tiñe de negro el rostro de la gente en un rito de purificación y fertilidad comunitario. El invierno y la muerte conceden sus dones al pueblo antes de marcharse, lo que permite que renazca la primavera. El disfraz ritual que supone el hollín en el rostro sirve para evitar a los malos espíritus mimetizándose con ellos, pero también representa la tierra negra y fértil; además, los componentes del tinte, que suele ser a base de ceniza y agua, están asociados a la purificación desde épocas muy remotas.

- Pícnic el Jueves Lardero con comida tradicional
- Participar de los ritos carnavalescos locales
- Despertar a la naturaleza y alejar a los malos espíritus con cencerros
- Trabajo de sombra
- Explorar el desenfreno como vía mística para el éxtasis
- Involucrar la animalidad y la sexualidad en los ritos
- Usar el disfraz ritual
- Prácticas teriomórficas
- Sacrificio simbólico del chivo expiatorio (quema de un muñeco, entierro de la sardina...)
- Purificación mediante éxtasis y dolor (flagelación ritual)
- Ritos de fertilidad





En nuestra cultura, el periodo comienza el Miércoles de Ceniza y comprende los cuarenta días previos al Domingo de Resurrección. La Iglesia dispuso este tiempo de ayuno, en el que tradicionalmente se prohibía la carne, se comía muy poco y solo alimentos pobres e insípidos, con el fin de depurar todos los excesos cometidos durante los carnavales. Sin embargo, no está de más considerar que el ayuno ha sido contemplado como un acto purificador por prácticamente todas las culturas, en especial como preparación de cara a celebraciones o rituales de importancia ante los cuales uno tiene que llegar limpio.

Un acto simbólico muy interesante del Miércoles de Ceniza es el que acontece en la misa: el sacerdote dibuja cruces de hollín en la frente de los fieles mientras pronuncia las palabras «polvo eres y en polvo te convertirás». Lo cierto es que, como ya hemos visto, la ceniza ha sido un elemento purificador para muchas religiones desde la Antigüedad, puesto que representa la pureza tras la destrucción de lo nocivo. Así lo refleja también la alquimia, en la que el proceso de nigredo (por el cual un elemento se torna negro, como el carbón) da paso a la pureza del albedo, del blanco, de la ceniza y de lo que es al fin incorruptible.

Otro elemento curioso del tiempo es la figura de la Vieja Cuaresma. Se trata de un muñequito de papel recortado que representa una anciana con siete pies y que se cuelga en las ventanas o sobre la lumbre. Cada domingo se le arranca un pie, lo cual sirve como calendario para este periodo. Lllaman la atención los elementos relacionados con los espíritus paganos del invierno que este personaje ha asimilado, como la simbología de lo caduco en espera de la renovación o incluso la creencia de que la Vieja Cuaresma vigila a los niños para que se porten bien durante este periodo o, de lo contrario, los estrangulará.^[37]

- Recortar una Vieja Cuaresma

- Reflexionar sobre la frase «polvo eres y en polvo te convertirás», esto es, sobre la ciclicidad de la muerte